

La serpiente sin ojos, es verdad, aborda en buena parte los pormenores de esta relación trágica. El modo en que se encuentran los dos amantes, liquidados finalmente por el crimen, está condimentado con unos giros narrativos hiperbólicos pertenecientes al género de los cuentos de hadas y las leyendas populares y que en nuestro territorio ha terminado por catalogarse como realismo mágico. Ella es la más bella mujer del Perú, o de la descendencia de los primeros conquistadores que muestran con acierto los exóticos frutos del mestizaje; y él, ya lo sabemos, es el más hermoso príncipe de Navarra heredero de romanos audaces y temerarios, imparable matador de indios y capaz de hacer estremecer de placer a esta inca maculada por lo español e insatisfecha por sus malogrados matrimonios. La novela inicia con los pormenores de otro enamorado, el padre de Inés, Blas de Atienza que, nos dice Cristóbal, en vez de estar pensando a toda hora en el pillaje y en el oro, miró para otro lado y se encontró con otra mujer bella, hija de Atahualpa según los decires, con quien se unió para que naciera la protagonista de esta novela.

El punto de unión entre Ursúa e Inés de Atienza es la feroz conquista por supuesto, pero también es Cristóbal. Este es quien comenta sus aventuras a Ursúa en Panamá. Aventuras que aparecen en la anterior novela, *El país de la canela*. El viaje a este espejismo andino y el otro, a través del río Amazonas con Orellana, bastan para encender la proteica ambición de Ursúa. Al español no le han bastado las jornadas de conquista que suceden en la actual Colombia porque todas ellas han sido en nombre de otros y jamás ha sido el gobernador de nada. Mientras que las tierras de El Dorado y Omagua, en plena selva amazónica, pueden darle el lustre que su apellido y su nombre y sus sueños exigen. Según Cristóbal, esto hubiera sido posible de no haberse atravesado el fátum o el amor disfrazados de Inés de Atienza. Lo que sigue es la preparación del viaje al Amazonas desde Lima y Trujillo y el modo en que el amor desbordado de los dos personajes malogra la eficacia de estos preparativos.

La novela alcanza un momento alto cuando aparece una figura esperada, sobre todo para quienes conocen el

desenlace histórico de estos eventos, ocurridos entre 1559 y 1561, y se asoman a la novela de Ospina para saber cómo éste los enfrenta. Se trata de un conquistador español célebre en el arte mundial por las diversas maneras en que ha sido abordado: Lope de Aguirre. El de Ospina empieza pisando duro como corresponde a semejante hombre: contrahecho y feo, ignorante y burdo, vengativo y rebelde como el que más. El capítulo dedicado a contar su popular prosapia y sus crímenes en Europa y América es uno de los mejores de la novela. Vertiginosa, dueña de un poder evocativo y de una proyección erudita desbordante, esta parte de la novela termina siendo en realidad un atentado contra el buen equilibrio de la misma. Lope de Aguirre, con semejante presencia en *La serpiente sin ojos*, promete un desenlace que no se da. Es más, desde el final del capítulo, la novela visibiliza, una tras otra, sus imperfecciones. La muerte de los amantes carece de fuerza: la de Ursúa por su carácter postizamente dramático: yo mato por eso, yo mato por esto otro, yo mato por aquello, dicen cada uno de los asesinos de Ursúa como si estuvieran recitando mal y apresurados un pasaje de Shakespeare. La muerte de Inés, extraviada en la selva, asombra también por ser tan rápida e igualmente frágil. Y cuando el lector piensa que lo que viene, ya que la novela de amor no ha terminado muy bien con la muerte de sus representantes, es el vértigo implacable de Lope de Aguirre, éste se minimiza y se torna como un eco. O más bien, como el objeto de una excusa no del todo aceptable. Excusa que puede ser comprensible desde cierto punto de vista y que reside en que este energúmeno de Dios no es el verdadero protagonista de la novela. Por lo tanto, su vida y su obra se despachan en el libro sin provocar mayor interés ni conmoción.

La novela trata nuevamente de levantarse con el balance de Cristóbal y su vida de conquistador. Pero aquí, en esta última parte, entramos en otra dimensión de la obra de Ospina: la ensayística y poética. El lector asiste, entonces, a una prosa que se sumerge en el poder didáctico de un pensamiento que podría leerse hoy como la expresión de un multiculturalismo americano y el de una ética de la

ecología. ¿No son estos, por lo demás, los pilares, a grosso modo, sobre los que levanta la obra del William Ospina ensayista? En realidad, en *La serpiente sin ojos* se concentran diversas tendencias de la literatura de este escritor: una narrativa histórica de la conquista americana, una poesía alimentada por cierto barroquismo retórico y los temas de la cosmovisión indígena y una ensayística que formula lo urgente que es reaccionar ante una cultura occidental decadente, equívoca y destructiva, y plantea, en esta dirección, el espacio vital que América debe ocupar en tales circunstancias.

Pablo Montoya

Todo lo que se supo

Lo que nunca se sabrá

MARÍA CRISTINA RESTREPO
Editorial Planeta, Bogotá, 2011,
226 págs.

LA PERMANENTE tensión entre la ficción y la no ficción suele ponerse a prueba con la adaptación cinematográfica, dramática o televisiva de obras literarias basadas en la realidad (memorias, biografías, documentos, novela histórica), pero es más escaso encontrarla en los mismos predios de la literatura, entre géneros como la novela y la crónica, y la experiencia de lectura es tan contrastante que dan deseos de leer las dos historias al trasluz para ver sus similitudes y diferencias.

Eso me ocurrió cuando leí *Lo que nunca se sabrá* de la escritora antioqueña María Cristina Restrepo, y luego cayó en mis manos la versión manuscrita de la crónica "Aguas turbias", del periodista e historiador, Jorge



Mario Betancur. Ambas recrean, documentan y simbolizan a su manera la misma historia, que fue escándalo en Medellín a finales de la década de 1930. La novela corta de María Cristina Restrepo, quien se ha dedicado a retratar a la aristocracia antioqueña desde mediados del siglo XIX hasta la de finales del XX con fina observación y exquisita prosa –como su admirado Proust, a quien dedicó un extenso ensayo–, atrapa por el sutil tratamiento que da al lesbianismo, tema vetado en la época narrada, más en una sociedad provinciana, conservadora y pacata que, sin embargo, presume de tener mundo y refinadas costumbres.

Las dos protagonistas de *Lo que nunca se sabrá*, Jimena Rojas, la rica, y Amanda Arboleda, la pobre, vecinas en la avenida La Playa, cultivan una íntima amistad que se ve interrumpida por las sospechas de la familia de Jimena, cuyos hermanos comienzan a ver en la bella y dulce Amanda un particular interés por la fortuna de la heredera. Mientras Jimena –cercana a los 40 años, culta y poco agraciada– se aleja de los Rojas, estrecha su relación con Amanda, a quien termina favoreciendo con su protección y su fortuna a cambio de permanente compañía, mientras ella queda prácticamente en la ruina. Acciones que se tornan sospechosas ante la extraña muerte de Jimena, arrastrada por la corriente del río Rionegro al que cayó accidentalmente, pocas horas después de haberse despedido de Amanda y de su novio, Tomás, quienes la llevaron a ese pueblo para que encontrara el sosiego perdido.

Según la perspectiva del narrador omnisciente, Amanda no tuvo nada que ver con esa muerte ni con las decisiones que tomó en vida la finada, a pesar de que los Rojas se empeñaron en acusarla de haber manipulado a su hermana, a quien declararon demente para que no dispusiera de sus bienes. Los capítulos primero y último que enmarcan la historia, dan cuenta de la tranquilidad de ánimo de Amanda, quien después del fallecimiento de su mejor amiga, siguió trabajando como dependienta en un almacén de herramientas agrícolas y preparando el matrimonio con Tomás, pese a las dudas que tenía sobre su fidelidad. En su fuero interno sabía que había sido

premiada por el destino con una cuantiosa herencia gracias a la generosidad de Jimena, quien la amaba de una manera que ella no podía revelar ni pudo corresponder, aunque le retribuyó con afecto y compañía.

De ahí el título de la novela, alusivo a un *affaire* real que sacudió a la sociedad medellinense por la distinción de las damas implicadas, quienes antes del fatal desenlace fueron la comidilla por sus asiduas visitas a la casa de la espiritista Rurra, hermana de María Cano y al estudio del bohemio fotógrafo Melitón Rodríguez, donde departían en ambientes de “comunismo y masonería” mal vistos por los de su clase. *Lo que nunca se sabrá*, entonces, parece la historia de una amistad sincera, pese a la pasión reprimida de Jimena por Amanda, y de la maledicencia de quienes imaginaban algo turbio y pecaminoso.

Hasta ahí el registro es convincente, salvo por los desbordamientos románticos de la autora, que narra así la reacción de Amanda cuando conoció a Tomás: “[...] comprendió esa noche que lo amaría siempre, de manera irremediable, así él no correspondiera a su amor. Podría no volver a verlo, pero al cabo de los años seguiría siendo tan suya como ahora” (pág. 32). Tanto resalta la perfección física y moral de Amanda (“un rostro de belleza exquisita, que los círculos de fatiga alrededor de los ojos hacían aún más conmovedor”); tanto insiste en los ojos grises y el pelo rojo que brillaba “como una llamarada bajo la luz del farol”; tanto alaba su elegancia, discreción y demás virtudes, que la vuelve irreal. Pero al elegir esa estrategia narrativa, reforzada por los testimonios de personas cercanas a la acusada, inclina la balanza de la justicia a favor de Amanda.



Así declara doña Clemencia, su madre: “Sé que mi hija es inocente. También sé que la acusar de los peores crímenes, despreciándola por algo que no ha cometido. La única voz que la ciudad oye es la de los Rojas cuando proclama a los cuatro vientos su versión de los hechos, denunciándola como a una embaucadora, peor aún, como a una asesina. Nada de lo que Amanda pueda alegar en su defensa tiene valor frente a la sed de escándalo de la gente que la ha convertido en espectáculo, sin preocuparse por conocer la verdad” (pág. 97). Y si bien hay otras voces, cuyos testimonios pueden sonar comprometedores para la inculpada, las que pesan en la historia la favorecen. Así como también conmueve al lector el hecho de que la rival de la bella mujer de 25 años sea Esperanza, prostituta que frecuenta Tomás con regularidad de enamorado. Sin olvidar que Amanda y su madre cayeron en desgracia tras el suicidio del padre, cuyas deudas de juego también terminó pagando la viuda con su cuerpo al abominable chantajista. Más parece entonces una víctima que una victimaria.

Aparte del interés que despierta un escándalo de familias de la alta sociedad, aunque se usen falsos apellidos, el lector avanza a ritmo sostenido y rápido por el uso constante de diálogos y el juego de voces, dado que la tercera persona del narrador se intercala con la primera de personajes secundarios. En ese contrapunteo reposa el suspenso de la historia porque recoge versiones encontradas que introducen dudas. Dudas que se mantienen hasta cerrar la novela.

Dudas que se aclaran, aunque sin despejar el misterio de la muerte de Jimena Rojas, al leer la crónica “Aguas turbias”, de Jorge Mario Betancur, del libro de siete crónicas sobre las relaciones de pareja en Antioquia entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX, que publicará la Alcaldía de Medellín con una reconocida casa editorial. Esta extensa pieza, ricamente documentada y contextualizada, narra los hechos de manera objetiva, sin que falte color y vivacidad en las descripciones, suprimiendo el dramatismo que le inyectó el novelista.

Aquí se nombra a los protagonistas con sus nombres reales: Ana Almazán

y Manuela Barrientos, la rica heredera, que desde que regresó de una larga estadía en Europa con su familia, justo antes de estallar la guerra, se pasa los días tocando piano y pensando en Ana. En esta historia, apegada a la piel de los hechos, como que el autor investigó los archivos judiciales, la prensa de la época y los libros que publicaron sendas familias para defender sus versiones ante los tribunales, las mujeres son vecinas, amigas de vieja data y su relación despierta rumores a su paso.

Lo que más impacta en esta reconstrucción es que la Almazán, lejos de ser la fina criatura descrita en la novela de Restrepo, cual porcelana de Lladro, es fea y contrahecha, y aparte de su astucia para engañar y manipular, no sobresale por sus virtudes. Esta Ana es tan mayor como su amiga; y también tiene un novio, Francisco Madrid, cómplice de sus planes. La Almazán despierta miedo y recelo entre sus colegas del Tribunal Superior de Antioquia donde trabaja como secretaria de juzgado, y también vive con su mamá, aunque no en una pensión —como la de la novela—, sino en su propia casa, vecina a la de Manuela, en la calle Ayacucho con Cúcuta. Esta Ana no es la pobrecita Amanda que pinta la novela, laboriosa empleada, sino una astuta mujer que saca provecho de la más mínima oportunidad.

Manuela Barrientos tenía 48 años al morir y no se le conoció novio, a diferencia de la novelada, a quien dejó su pretendiente en vísperas de la boda. En lo que ambas historias se parecen es en la salida de Manuela (Jimena) de su casa, cuando muere su madre, y su refugio en una pensión en donde se vio sometida a privaciones y estrecheces porque sus hermanos le cortaron la ayuda, y ella le había entregado sus bienes a su mejor amiga para que los usufructuara.

Y en lo que más se alejan es en el final: en la historia real, Ana Almazán lleva a su amiga a Rionegro, donde busca un hotelito para que pase una temporada. Lo que más despertó el morbo de los investigadores del caso es que esa noche ambas durmieron en la misma cama, aunque había otra disponible (en la novela durmieron juntas porque la habitación solo tenía una cama). El 16 de octubre de 1938, muy temprano, Ana Almazán partió para

Medellín y horas después se enteró de la noticia. En la historia real, Manuela no se deslizo en un barranco, sino que se fue a dar un baño en las caudalosas aguas del río Negro, pese a las advertencias que le hicieron, y pidió a la hija de la dueña del hotel que la acompañara. Al llegar se quitó su ropa negra, se puso un camisón y se lanzó, pero fue arrastrada por la corriente pese a que era experta nadadora, lo que afianzó la hipótesis de un suicidio, una de tantas que se barajaron. Y mientras la familia Almazán alegó muerte accidental, la familia Barrientos acusó a Ana de envenenamiento, pero los exámenes de laboratorio demostraron que no había rastros de sustancias tóxicas en el cuerpo. Lo que sí se pudo comprobar fue la rapidez con la que actuó Ana para reclamar sus derechos como heredera universal de la fortuna de Manuela Barrientos. Y, como su doble en la ficción, se casó con su novio ascensorista, dos meses después de la tragedia.



Y aunque el final es el mismo, parecen dos historias diferentes. La pregunta es, ¿qué tantas licencias se puede tomar un autor cuando aborda una historia real, que está documentada y que todavía se conserva en la memoria de personas que incluso la vivieron o la escucharon? De hecho, como lo registra Betancur, “las hostilidades del sonado caso, en las que inmiscuían sus narices periodistas y siquiatras, crecieron hasta tal punto que los periódicos locales se ocuparon en detalle de los sucesos generados por los clanes de Ana y Estanislao, afanados como leones sobre liebres, por quedarse con la fortuna dejada por la desdichada Manuelita”.

¿Quién se acerca más a la verdad de los hechos, el novelista o el cronista?

Obviamente, el escritor está en su derecho de recoger la historia que le plazca, de la época que le resulte más atractiva para recrear y de darle la vuelta cuantas veces quiera hasta volverla irreconocible. Pero tratándose de un caso tan sonado, difícilmente se puede abstraer un lector que tenga el referente real de la historia. Así mismo, chirrían los artificios literarios cuando pretenden encubrir verdades; más cuando casi todo se sabía, como lo demuestra el cronista al ordenar las piezas de la historia.

Del historiador también antioqueño, autor de un bello libro titulado *Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín, 1894-1934* (2000), que reconstruye este sitio emblemático, se aprecia el rigor documental y la gracia narrativa, porque entre líneas deja caer sus ironías, su crítica frontal a la hipocresía de esa clase social que sanciona la conducta moral de su membresía cuando está acostumbrada a prácticas más deleznable, como el abuso de poder, el racismo, el clasismo, el machismo, reflejadas en ambos relatos, el de ficción y el de no ficción.

En el fondo, la intencionalidad de la novelista María Cristina Restrepo es la misma del historiador: denunciar la hipocresía de la sociedad, desenterrar sus secretos mejor guardados, ventilar sus escándalos, demostrando el dicho “el que peca y reza, empata”, como cuando describe al personaje antagónico, Edmundo Rojas, que no creía en Dios pero sí en el poder de la Iglesia:

Cada domingo se vestía con esmero para ir a la retreta del parque de Bolívar a las once de la mañana, y luego a misa de doce en la Catedral de Villanueva. En el atrio se daban cita los más importantes representantes de la sociedad, amigos suyos o que lo habían sido de su padre, se intercambiaban noticias siempre positivas sobre las familias, se comentaban los últimos acontecimientos políticos, se concertaban citas de negocios, se gobernaba el departamento, se influía en los destinos del país. Se reforzaba el orden social y se garantizaba su continuidad. [pág. 105]

Un retrato al natural de esa clase social que representaba el personaje.

Las otras novelas de Restrepo –*De una vez y para siempre* (2000); *Amores sin tregua* (2006) y *La mujer de los sueños rotos* (2009)–, también están inspiradas en historias reales, y aunque pudieron despertar cierto resquemor entre los aludidos, no dieron lugar a reclamaciones. En cambio es posible que esas mismas historias oscuras vertidas en crónicas fielmente documentadas susciten reacciones furiosas de parte de los familiares vivos.

María Cristina Restrepo, quien conoce a fondo su oficio puesto que estudió Lenguas Modernas, Filosofía y Letras, que ha sido profesora universitaria y traductora, y fue directora del Fondo Editorial de la Universidad Eafit, prefiere recrear la realidad a su manera, acudiendo a las licencias de la ficción. Por eso le da relevancia en su relato al burdel de doña Isadora, al que acuden los más prestantes ciudadanos; y en particular a Esperanza, la ambiciosa prostituta que está enamorada de Tomás y pretende atraparlo con rezos y supercherías. En ese burdel reculan los mismos fundamentalistas que atacan a los débiles y pecadores, como Edmundo Rojas, recién casado y adalid de la moral. Mientras otro Rojas, Rafael, deja embarazada a la empleada de la casa, a quien la patrona despidió sin consideraciones, al mejor estilo de la radionovela de la época, *El derecho de nacer*.



Queda, pues, abierto el debate sobre los límites de la ficción cuando está inspirada en historias reales, más aun cuando parten de la crónica roja, como en este caso, donde ocurre una muerte en extrañas circunstancias, la inculpada queda libre por falta de pruebas, hay despliegue informativo y revuelo social. Cuando se publique el libro de crónicas que contiene “Aguas turbias”, el misterio de *Lo que nunca se sabrá* quedará revelado para los lectores que sientan la curiosidad de cruzar ambas historias para comprobar cuál

pesa más, la verdad fáctica o la verdad literaria, sometida a sus propias reglas.

Maryluz Vallejo M.

Una mujer en el Observatorio: testimonio de la época de la Independencia de Colombia

La francesa de Santa Bárbara

GLORIA INÉS PELÁEZ QUICENO
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 2009, 139 págs.

CON UNA prosa envolvente y una anécdota cargada de sensualidad y censura, que impactan al lector y lo atrapan con cada frase, la antropóloga manizaleña, Gloria Inés Peláez inicia una magistral novela histórica ambientada en la época de la Independencia de Colombia: *La francesa de Santa Bárbara*. En medio de la oscuridad y el silencio de la noche, una mujer entrega su cuerpo a un soldado desconocido que lleva días oculto y que, para salvar su vida, tiene que huir de las tropas de Sámano por haber participado en las guerras contra la Corona española.

Así inicia una obra que se adentra en la historia de nuestra Independencia desde el punto de vista marginal de una mujer francesa, soltera, con un hijo bastardo y que, bajo la coartada de atender una panadería, ayuda subrepticamente a los criollos en contra de los españoles y el régimen oficial de la Nueva Granada, a la vez de aliviar y expiar sus miedos y los traumas causados por la guerra con una entrega sexual que se debate entre la prostitución y el misticismo.

A muchos he consolado en mi camastro y los he visto con los dientes apretados para no blasfemar, a otros, ocultando el llanto por los seres que han perdido, sometidos por el destino a continuar la guerra. Les he besado los ojos en un gesto piadoso porque mañana nadie se los cerrará cuando mueran. Recojo sus camisas que han arrojado al suelo en el desespero por

poseerme, y ya libres de su angustia los cubro como a un niño al que se le pone una prenda nueva.

La polémica salta a la vista en cada frase y la perspectiva escogida por Peláez hace que la novela logre entregar un acercamiento novedoso y sin igual a las raíces de nuestro presente como nación colombiana y que revitaliza el patrimonio cultural que significa nuestra historia.

La novela, acreedora de la tercera edición del Premio Nacional de Novela (2009) de la Colección Premios Nacionales de Cultura de la Universidad de Antioquia, y beca de creación del Ministerio de Cultura en 1996 bajo el nombre de “La vida del sabio Caldas”, comenzó siendo una narración corta. *La francesa de Santa Bárbara* era antes un cuento titulado “La mujer del Observatorio” que a su vez, ganó el primer puesto en el Concurso Nacional de Cuento Ciudad de Barrancabermeja en 1999, y que en el 2001, luego de que Peláez alargara el texto, fue incluido como capítulo en una antología de literatura erótica.

Desde sus inicios como narración corta, el escrito prometía grandeza y el resultado final no deja lugar a dudas sobre su excelencia y sobre el gran potencial narrativo de Peláez. Cada línea está cargada de personalidad y empuje, de un carácter avasallador, con una fuerza inherente que impulsa a una lectura sin tregua. No por nada, el jurado que le otorgó el Premio Nacional de Novela resaltó “la calidad literaria, la transparencia del estilo, su fluidez, la solidez de la construcción y la verosimilitud del ambiente histórico de la obra ganadora”. En *La francesa de Santa Bárbara* el lector se sumerge en un mundo que es el suyo propio, hace dos centenas, cuando los ánimos en Europa, así como aquellos que se vivían en la Nueva Granada, provocaban una tensión innegable y prometían un futuro convulsionado de resultados impredecibles.

El nombre de la francesa, protagonista y narradora, no llega a ser revelado a lo largo de la novela, pero más que un vacío, esa falta de nombre se llena de sentido en una sociedad donde la figura femenina no tenía voz y su presencia era fantasmal. Así mismo, se convierte en un recurso